



Ambientes seguros y preventivos



Pontificia Universidad
JAVERIANA
Bogotá

Educación **Continua**
Generamos experiencias educativas

Módulo 1. Fundamentos de la tutela de menores y personas vulnerables. Unidad 4. Educar en valores como prevención al abuso

¿Cómo educar en valores, consiguiendo que se hagan vida en cada persona?

La Ética trata de acciones humanas, de cuanto de lo que el hombre debe ser. Un deber ser que está diseñado por Dios. Por eso, educar consiste en enseñar a elegir bien, de acuerdo con lo que Dios ha diseñado para que la persona alcance su perfección, su plenitud: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5, 48). Pero esto solo se consigue en relación con los demás. Educar en valores y virtudes desde la infancia es la alternativa para evitar víctimas y abusadores, para prevenir todo tipo de violación de la dignidad humana, asegurando así, ambientes sanos en los distintos ámbitos de la vida en los que la persona pueda crecer y vivir humana y cristianamente.

Educar para adquirir una madurez humana en profundidad de pensamiento, fuerza de voluntad, serenidad ante la vida. Educar el corazón debería ser la médula de toda pedagogía en la familia, en la escuela, pues el desequilibrio afectivo es fuente de desequilibrio en las relaciones interpersonales y por ende, de los abusos en sus diferentes categorías; el equilibrio afectivo es indispensable para formar la futura familia en el matrimonio o en la vida consagrada. Las grandes ideas y las peores perversiones proceden del corazón. Por eso, la educación del corazón es tan importante como la intelectual. La afectividad, imprescindible y decisiva en la vida, degenera en la mayoría, hombres y mujeres, en tres desviaciones patológicas peligrosas: sentimentalismo, sensualidad e inseguridad.

Saber más

A propósito de este ámbito de la afectividad, puede ser útil realizar la siguiente lectura: Educar en la afectividad ([disponible aquí](#)).

Desde la filosofía clásica, santo Tomás de Aquino enseña que los sentimientos son fuerzas interiores que exigen un dominio suave, mediante dos virtudes cardinales formadas en la subjetividad, que dirigen la afectividad en provecho de la acción buena y eficaz. Dichas virtudes son la templanza y la fortaleza. Dos hábitos en relación a la templanza son definidos por Santo Tomás como el ornato exterior o moderación en el uso de las cosas exteriores, y el buen orden, referido a la moderación en las relaciones interpersonales. Por lo tanto, sobriedad, pudor, continencia y castidad son hábitos y virtudes derivadas de la templanza. Por parte de la fortaleza, se hacen necesarias la magnificencia, la esperanza y la confianza.

Saber más

Le recomendamos revisar los siguientes documentos:

- 1. Santo Tomás, afectividad y educación ([disponible aquí](#)).
- 2. Papel de la familia en la educación de la afectividad ([disponible aquí](#)).

Distingue el catecismo entre:

1

Las virtudes humanas, que se adquieren mediante la educación, mediante actos deliberados y una perseverancia, que continuamente debemos renovar con esfuerzo. Son purificadas y elevadas por la gracia divina. Con la ayuda de Dios forjan el carácter y dan soltura en la práctica del bien. Son, las denominadas, virtudes cardinales (prudencia, justicia, fortaleza y templanza).

2

Las virtudes teologales, que adaptan las facultades del hombre a la participación de la naturaleza divina (fe, esperanza y caridad). Disponen a los cristianos a vivir en relación con la Santísima Trinidad”.

Lo explica admirablemente San Agustín en este texto: «Nada hay para el sumo bien como amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente. [...] lo cual preserva de la corrupción y de la impureza del amor, que es lo propio de la templanza; lo que le hace invencible a todas las incomodidades, que es lo propio de la fortaleza; lo que le hace renunciar a todo otro vasallaje, que es lo propio de la justicia, y, finalmente, lo que le hace estar siempre en guardia para discernir las cosas y no dejarse engañar subrepticamente por la mentira y la falacia, lo que es propio de la prudencia» (*De moribus Ecclesiae Catholicae*, 1, 25, 46).

Educar y autoeducarse, pues, a nivel humano; pero por el bautismo el cristiano vive como hijo de Dios y debe actuar en su conducta todas las virtudes, en particular las teologales, que le unen directamente con Él. Las relaciones interpersonales deben estar

estar impregnadas del ejercicio de las virtudes teologales: una mirada continua a Dios por la fe, un corazón orientado hacia Él por la esperanza, un alma transformada en Dios por el amor.

Santo Tomás de Aquino nos dice que la esperanza nace del deseo de algo bueno que es “difícil pero posible de alcanzar”. En efecto, no hay necesidad de esperar algo que fácilmente se puede alcanzar cuando se quiere, algo que está al alcance de la mano, sino en alcanzar lo que resulta difícil, entonces crece la esperanza y no se espera solos, sino en compañía. Por eso la esperanza cristiana es atrevida, es “audaz”; porque además de poner la esperanza en quienes comparten los mismos ideales, se pone la confianza en Dios, en el inagotable amor y poder de Dios. La enseñanza de San Juan Pablo II se mueve en esa misma dirección: “El mundo que ustedes los jóvenes van a heredar, es un mundo que necesita ser tocado y curado por la belleza y por la riqueza del amor de Dios. [...] Nosotros no somos la suma de nuestras debilidades y de nuestros errores, al contrario, somos la suma del amor del Padre por nosotros y de nuestra capacidad real de convertirnos en imagen de su Hijo...”.

El mismo Benedicto XVI se dirigió a los educadores en este sentido. El 21 de enero de 2008, en su “Mensaje a la Diócesis de Roma sobre la tarea urgente de la educación”, después de enumerar las dificultades que presenta hoy la tarea de educar a las nuevas generaciones, el pontífice termina su mensaje con una exhortación a “Ejercitar y transmitir la esperanza: sólo una esperanza fiable -dice él- puede ser el alma de la educación, como de toda la vida.” (n.13) y a “Poner nuestra esperanza en Dios” (n. 14). Asimismo, el 17 de abril de 2008, en su discurso sobre “La naturaleza e identidad de la

educación católica hoy”, pronunciado en la Universidad América de Washington (D.C.), Benedicto señala, que junto al deber de introducir en el servicio (diakonía) de la verdad total, como una de las características principales de la educación católica, está el deber de “ejercitar el apostolado de la esperanza” (n. 5) y, fundados en la unidad de la verdad y en el servicio a la persona y a la comunidad, orientar hacia la esperanza, no obstante, los “conflictos personales, la confusión moral y la fragmentación del conocimiento” (n. 3). Y, en su exhortación final, el primer llamado que hace a los educadores es a “Ser testigos de la esperanza” (n. 17).

Saber más

Le recomendamos realizar la siguiente lectura:
“Cómo desarrollar la virtud cristiana de la esperanza, virtud olvidada en la civilización actual”, en del optimismo a la esperanza o lo que va del valor a la virtud.
[\(disponible aquí\)](#).